DAVID EL PERSEGUIDO Y MONTES DE GELBOE

LOPE DE VEGA



Digitalizado por LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Índice

David perseguido y montes de Gelboe
Jornada primera
Jornada segunda
Jornada tercera

Personas que hablan en ella

DAVID.
JONATÁS.
ABNER.
SAÚL, REY.
NAVAL CARMELO.
ABIGAIL.
MEROB.
ABISAÍ.
CÉFORA.
ZAQUEO.
VEJETE.
MÚSICOS.

Jornada primera

Salen ZAQUEO y el VEJETE, cada uno por su parte. Tocan dentro música, y clarines a la otra parte.

VEJETE. ¡Ah, gentil hombre!
ZAQUEO. Eso es,
llamarme gentil a mí,
y yo judío nací
de la cabeza a los pies.
VEJETE. ¿Y de qué tribu es, amigo,
si admite conversación?
ZAQUEO. Mi tribu es tribulación
en riñendo alguien conmigo.
VEJETE. Pues díganos sin reñir.
ZAQUEO. Cosa es que me está muy bien.
VEJETE.¿Quién causa en Jerusalén
las fiestas que llego a oír?
ZAQUEO. Sin duda eres peregrino,
pues la causa me preguntas
de haber tantas fiestas juntas.
VEJETE. Vengo ahora de camino.
ZAQUEO. Y vendrás muy bien cansado.
VEJETE. Y vengo muy bien curioso.
ZAQUEO. El vejezuelo es gracioso:
déjasme muy obligado
a darte una relación,
pues mereces preguntar;
aunque esto del informar
nunca es bueno de ramplón;
es David, por gran ventura,
quien causa estas alegrías.
VEJETE.¿No es el que mató a Golías?

ZAQUEO. Oigan, que sabe escritura:
viene ahora vencedor
de idólatras filisteos,
y así todos los hebreos,
y yo con ser el peor,
que le hemos hecho, verás,
mil honras por esta hazaña;
el rey Saúl le acompaña,
y el príncipe Jonatás
con su corte, y las más bellas
damas de Jerusalén,
pues le acompañan también
más de ochenta mil doncellas.
VEJETE. ¡Muchas son!
ZAQUEO. Pues no te asombres,
aunque admirarte podías,
porque como son judías,
tiénenles miedo a los hombres.
Ya a Palacio hemos llegado,
y verás la fiesta bien.

Música.

VEJETE. Pues vine a Jerusalén
en día tan celebrado,
que no me vuelva es razón
a nuestro Monte Carmelo,
sin ver al que guarda el cielo
para gloria de Sión.

Salen MEROB, hija del REY, JONATÁS, el rey SAÚL de barba, DAVID y las mujeres echando flores y cantando la música.
Música.

Si Saúl triunfó de mil,
de diez mil triunfó David:
del tribu escogido
de Judá salió
David, que libró
al pueblo afligido:
pues ha merecido
sagrado laurel,
cántele Israel
la gala a David:
si Saúl triunfó de mil,
David mató a diez mil.
SAÚL. La aclamación popular,
en sus alabanzas ciega,
a tan grande extremo llega,
que aun yo la vengo a envidiar.
(¿Victorias pudo alcanzar Aparte.
de los que yo no vencí?
El pueblo lo canta así;
y aunque en mi servicio ha sido,
la envidia de que ha vencido
es la que me vence a mí.)
DAVID. No es esta victoria mía,
señor: el alma lo entiende,
no es la espada la que ofende;
sino el brazo que la guía:
el vuestro es el que vencía;
de vos procedió mi aliento;
porque el idólatra atento,
acabe de conocer,
que Dios le pudo vencer
con tan humilde instrumento.
JONATÁS.¿David?
DAVID. Jonatás, señor,

Príncipe a quien dan los cielos
las dichas que has merecido;
por hechura me confieso
del Rey mi señor, que viva,
aunque eres tú su heredero,
tan larga edad, que Israel
te dé la corona y cetro
de más edad que tu padre:
porque él gobierne su pueblo,
contando en los años siglos
coronado de trofeos.
JONATÁS. Alcánceme a mí la muerte
primero que deje el reino
mi padre; y tú, más famoso
que cuantos caudillos dieron
triunfos al pueblo de Dios,
dilate a par de los tiempos
tu dichosa edad, y veas,
por bien de los siglos nuestros,
que tu nombre se eterniza,
no en bronces, que se mintieron
firmes en la última línea
de los humanos sucesos;
no en mármoles, que caducan
con los resabios de térreos
en la rebelde tarea
de los días: en los cielos
mire el sol tu nombre escrito,
siendo caracteres bellos
esas imágenes puras
que diamantes compusieron;
porque lo eterno y luciente
sirva a su fama de espejo.
Ya sabes que soy tu amigo,

David, y siempre he de serlo
con fe inviolable, hasta que
se cubra en mortales velos
la vida.
SAÚL.(Si no lo estorban Aparte.
las venganzas que prevengo;
que si David no me ofende;
de sus victorias me ofendo,
que mezcladas con la envidia,
las juzga el alma venenos.)
DAVID. Si faltare a la lealtad,
que al Rey mi señor le debo,
si al amor con que me estimas
negare humildes respetos,
permita el Dios de Abraham,
que de los bárbaros hierros
de los mismos que he vencido
muera atravesado el pecho,
y el campo en mi sangre tinto
me dé infeliz monumento.
SAÚL. Lo que mereces conozco,
y lo mucho que te debo.
JONATÁS. Pues, señor, dale a Merob
mi hermana, pues la ofrecieron
tus promesas cuando estaba
tu corona en tanto riesgo,
y por David se confiesa
libre de opresión tu Imperio.
MEROB.(No seré yo tan feliz,
que le merezca por dueño.) Aparte.
SAÚL. Yo la prometí, es verdad;
mas, Jonatás, aún no es tiempo.
JONATÁS. Si es que por ser la mayor
te excusas, humildes ruegos

puedan contigo: Micol,
mi segunda hermana, es premio
de los triunfos de David.
SAÚL. Yo cumpliré sus deseos:
y ahora, Príncipe, basta
ver las honras que le he hecho.
Ya es capitán de mi guardia;
ya, como ves, le prefiero
a los Príncipes mayores
de mi corte, pues yo mesmo,
para que el pueblo le aclame
con festivos instrumentos,
le he salido a recibir.
DAVID. Gran señor, tus plantas beso
por las honras que recibo.
ZAQUEO. Si faltan las de Zaqueo,
las del pueblo importa un higo.
Ya sabes que me entretengo
sirviendo al Rey en Palacio,
siendo mis chistes honestos,
porque la descompostura,
ni es donaire, ni es ingenio.

Clarín. Sale ABISAÍ.

ABISAÍ. Tu Capitán general
Abner, Príncipe supremo
de la Milicia, ha venido.
SAÚL. Llegue; que verle deseo.
VEJETE. Pues hemos visto la fiesta,
no es bien que perdamos tiempo,
ya que mi ama Abigail
se ha detenido, creyendo
llegar temprano.

Vase, y sale ABNER.

ABNER. Señor,
pues las honras que le has hecho
a David, sus glorias cantan,
solo te diré, que habiendo
marchado en socorro suyo
con los caballos ligeros,
llegué a las frescas orillas
del Jordán, cuyos revueltos
cristales habían trocado
en púrpura sus espejos;
y entre la manchada hierba
de su margen, tantos cuerpos,
que a ser todo sangre el río,
aun fuera el número menos.
Mas como en ellos se vían
heridas de tantos hierros,
eran de su misma sangre
vivas esponjas los muertos.
El socorro que llevaba,
vino a ser socorro nuestro,
pues dejó a mi gente rica
con lo que olvidaban ellos.
Solo David, solo él pudo
meter en batalla el riesgo,
y de ella sacó en despojos
la gloria del vencimiento;
que no ha habido capitán
de cuanto caudillo hebreo
triunfó en el pueblo de Dios,
aunque es la envidia su opuesto,
que igualar pueda a David,

asombro del Filisteo,
rayo del Amalecita,
como idólatra soberbio;
firme blasón de tus armas,
claro esplendor de tu Imperio,
fama inmortal de tu nombre,
pues deja tu nombre impreso
en láminas de los siglos
hasta que se pare el tiempo.
SAÚL.De todo es merecedor,
hasta Abner le aclama: ¡ah, cielos!
(Ya es más dueño de Israel Aparte.
que yo, pues que yo le temo.
David, entra a descansar,
pues por honrarte, prevengo
aposento en mi Palacio.)
DAVID.Te iré primero sirviendo
hasta dejarte en tu cuarto.
SAÚL.Este es mi gusto.
DAVID. Más precio
la obediencia, que alcanzar
de un Rey los mayores premios.
JONATÁS.¡Qué valeroso!
ABNER. ¡Qué humilde!
En él juntaron los cielos,
para ser amable al mundo,
lo bizarro y lo modesto.
DAVID. Entra, Abisaí.
ABISAÍ. Señor,
como mandas te obedezco.
MEROB. Guarden los cielos su vida
al paso de mis deseos.
ZAQUEO. Yo le quiero acompañar,
que me dará por lo menos,

pues ya que no le aprovecha,
la honda del Filisteo.

Cantan.
Vanse MEROB y las mujeres por una parte, DAVID, ABISAÍ y ZAQUEO por otra, haciendo reverencia al REY, y quedan el REY, JONATÁS y ABNER.

SAÚL.(¡Qué monstruo cría Israel Aparte.
para infame vituperio
de la corona que ciño!
Ya está reventando el fuego,
pues desde el pecho a los labios
soy todo un mortal incendio.
¿Jonatás?)
JONATÁS. Señor, ¿qué mandas?
ABNER.Si me das licencia, quiero...
SAÚL.Espera, porque has de ser,
con valor y con secreto,
obediente ejecutor
de mi justo mandamiento.
Príncipe, la obligación
de ser tu padre, te quiero
presentar para testigo
de tu amor.
JONATÁS. Y que te debo
lo que soy.
SAÚL. ¿Qué harás por mí?
JONATÁS.Perder la vida es lo menos.
SAÚL.¿Y desearás que tu padre
se libre del grave peso
de un cuidado?
JONATÁS. Todo es poco
cuanto descubren los cielos
para que vivas con gusto,

si está en mi mano el tenerlo.
SAÚL. Pues yo, Jonatás, de todo
humano gusto carezco.
ABNER.¡Hay suspensión semejante!
Alguna desdicha temo.
SAÚL. Aquel profeta de Dios,
Samuel, me dijo severo:
«Si Dios te mandó por mí
que al rey de Amalec, soberbio,
con su reino destruyeras,
sin dejarle en todo el reino
piedra que cubrir pudiese
los más humildes cimientos,
¿cómo al Rey dejaste vivo?
¿Cómo con tan vil provecho
reservaste sus ganados?
Pues porque fuiste a los cielos
inobediente, te digo
que Dios le dará a su pueblo
un Rey, y varón tan justo,
que venga a ser, en sus hechos,
muy conforme al corazón
de Dios.» Turbado y resuelto,
detener quise al profeta,
si bien con poco respeto,
pues al cogerle del manto
le rompí por detenerlo,
quedándoseme un pedazo
en las manos; aun hoy tiemblo
de lo que el profeta dijo,
dejando al aire suspenso:
«Como tú me has dividido
el manto, quiere el eterno
Dios de Abraham dividir,

ingrato Saúl, tu reino.»
ABNER.(Y desde entonces el Rey
siente el espíritu fiero Aparte.
que le atormenta, y David
le restituye el sosiego,
cuando en sus melancolías
toca el músico instrumento.
Aquí hay misterios profundos,
mas son altos los misterios,
que no puede penetrarlos
el querubín más atento.)
SAÚL. Pues tú no has de ser el Rey,
aunque eres tú mi heredero,
Jonatás, que el varón justo
que dice el profeta, temo
que es David; ¿pues tú tendrás
tan cobarde sufrimiento,
siendo la corona tuya,
que un pastor (estoy ajeno
de todo discurso), un hombre
que si vive es por mi aliento,
si vive honrado es por mí,
y por mí le aclama el pueblo,
¿permitirás que sea Rey,
sin que te cueste primero
la vida, y también la mía?
Porque en tus ojos me alegro,
en tu vista me regalo,
y en tu salud me deleito.

Abrázanse.

JONATÁS.¿Pues qué puedo hacer, señor?
Ya su voz estoy temiendo.

SAÚL. Darle muerte a David.
ABNER.¡Hubo más feroz intento!
JONATÁS.¡Cielos, es esto posible!
¿Cómo yo escucharle puedo
sin morir de pena?
SAÚL. Hijo,
¿mi voz te deja suspenso?
¿Obedecerme no es
en ti doblado el precepto
por tu padre y por tu Rey?
JONATÁS. Y si es cruel mandamiento,
¿no será piedad también
templar su injusto deseo?
No ultrajes la Majestad
con tiranías; si el Cielo
quiere que reine David,
el poder humano es sueño,
es polvo, es ceniza fría
para estorbar sus decretos.
ABNER. Si a un hombre que caminase
por un áspero desierto,
y en la juventud del sol
se le turbasen los cielos,
muertas sus cambiantes luces
entre pabellones negros,
tocando al arma el asombro,
siendo las cajas los truenos,
formando rasgadas nubes
campal batalla en el viento,
y viese entre ardientes globos
los abrasados efectos
de los coronados montes
caducamente soberbios,
en cada peñasco un rayo,

en cada tronco un incendio,
y en el desierto que pisa
tan sin humano remedio
hallase un cedro oloroso,
que invencible a tanto fuego
supliese lo seguro
del laurel, en cuyo ameno
sitio a la sombra dichosa
se librase a tanto riesgo,
¿fuera bien que el hospedaje,
dándole la vida el cedro,
que se lo pagara ingrato,
después de sereno el cielo,
cortándole tronco y ramas
con tan lastimoso ejemplo?
SAÚL.¡Vive el cielo, que mereces
mortal castigo, por necio,
pues lo inobediente encubres
con máscara de consejo!
ABNER.¡Gran señor!
JONATÁS. Con su lealtad
disculpa su atrevimiento.
SAÚL. Pues ya los dos os mostráis
a mi gusto tan opuestos,
lícito será que un Rey,
sin que padezca defecto
su autoridad, mate él mismo
a un enemigo encubierto.
Quedaos; que mi justo enojo
llega ya hasta aborreceros.

Vase.

ABNER. Príncipe.

JONATÁS. Acompaña al Rey...
ABNER.Si mandó...
JONATÁS. Pierde el recelo,
que la lealtad es más noble
para vencer el precepto
de su enojo en la obediencia.
ABNER. Guarden la vida los cielos
a David, y yo peligre
en lo terrible y lo fiero
de las iras de tu padre.
JONATÁS. Y yo, aunque aventure el reino,
le he de avisar que se guarde;
que pues los cielos le han hecho
tan dichoso, quiero ser
el generoso instrumento
de los decretos divinos,
si tan alto bien merezco.

Vase cada uno por su parte.
Salen ABIGAIL, CÉFORA, de villanas, y ZAQUEO.

ABIGAIL. Esta es Jerusalén, este el dichoso
Alcázar de Sión, albergue hermoso
de tantos reyes; ¡oh ciudad bendita,
en los cielos escrita
con plumas de profetas!
El Cielo admire a tu poder sujetas
las provincias idólatras, que en tanto
que con respeto santo
en sagrados altares
al Dios de los Ejércitos llamares,
así lo dicen tantas profecías,
cantarás alegrías,

reinando vencedora.
CÉFORA. Abigail, señora,
los triunfos de David, las glorias cantan
de Israel, que levantan
a los cielos su nombre soberano.
ZAQUEO.¿Quién trajo a los palacios lo villano?
Pero bien puede ser tanta hermosura
dueño de otra mejor arquitectura;
el Palacio del Sol es un pobrete;
si no os da de aposento su retrete;
mas bien sabe su cuento,
que si os diera aposento,
la luz perdiera, que los cielos dora,
y la una fuera el Sol, la otra la Aurora.
Mas yo, por no abrasarme,
quisiera acomodarme
con los rayos menores,
porque son los templados los mejores;
y así, por más humildes arcaduces,
me acomodo a la Aurora entre dos luces.
CÉFORA.¡Qué mal humor que gasta!
ZAQUEO.¿Es malo?
CÉFORA. Es frío.
ZAQUEO. Pues deme uno caliente, y tome el mío.
¿Qué buscáis, serranitas?
ABIGAIL. Ver queremos
el Palacio Rëal, ya que tenemos
franca licencia en tan alegre día.
ZAQUEO. Falta en esa licencia...
CÉFORA. ¿Qué?
ZAQUEO. La mía;
si bien a luz tan pura
mal se resiste la mayor clausura.
Yo soy el Cancerbero de esas puertas,

y las tendréis abiertas
a fe de buen judío;
y si queréis que os abra el pecho mío,
por dejaros a entrambas obligadas,
me daré dos lanzadas.
CÉFORA.¡Qué terrible fineza!
ZAQUEO. Todo es poco;
si me enamoro, préciome de loco.
CÉFORA.¿Y cuántas se habrá dado en esta vida?
ZAQUEO. Una lanzada tengo prometida
a cierta judihuela,
que por verme difunto se desvela;
pero yo, por no errarme en el ensayo,
quiero informarme donde cae el soslayo.
CÉFORA.¡Qué poco miedo tiene!
ZAQUEO. ¡Bueno fuera
que en los soldados como yo lo hubiera!
¿No tienen ya noticia de Golías,
que nos libró de tantas agonías?
ABIGAIL. Y que fue una victoria celebrada.
ZAQUEO.¿Supieron que murió de una pedrada
en el feroz combate,
y luego le cortaron el gaznate?
ABIGAIL. Grande ignorancia el no saberlo fuera.
ZAQUEO. Pues yo no lo maté, ni Dios lo quiera.
ABIGAIL.¿Cómo, si fue David?
ZAQUEO. Por eso digo;
porque soy enemigo
de que me achaquen muertes que no he hecho;
pero el valor del pecho,
con una envidia honrosa
me sacó a la campaña polvorosa;
llamé a batalla a un bárbaro gigante;
y púsoseme delante

esgrimiendo un alfanje de cien varas.
ABIGAIL. Fuerza es que peligraras
aunque estuvieras lejos.
ZAQUEO. ¡Lindo cuento!
No le alcanzaba yo con otras ciento.
ABIGAIL. Alientos son bizarros.
ZAQUEO. Escogí de un arroyo cien guijarros,
que pesaba el menor arroba y media.
CÉFORA.¡Qué pesada tragedia!
Muy grandes piedras son.
ZAQUEO. Bien lo imaginas,
¿pues a un gigante han de tiralle chinas?
Esas son las victorias más honradas:
tiréle mil pedradas
con dichosa fortuna,
pero de todas no acerté ninguna;
y aquesto lo dirán dos mil testigos.
CÉFORA.¿Y en qué paró?
ZAQUEO. Hiciéronnos amigos.
CÉFORA. Igual fue la victoria.
ZAQUEO. Ten memoria:
el escaparme yo, fue la victoria.
¿Y de qué tierra viene tanto cielo?
ABIGAIL. En el Monte Carmelo
es nuestra habitación, en cuyas faldas,
en cada Abril vestidas de esmeraldas,
tiene Naval, mi esposo,
esquilmo tan copioso
de ganados y mieses,
que parecen los meses
negarle su estación a otro horizonte,
viviendo todo el año en nuestro Monte.
CÉFORA. Mas viene a ser tu esposo tan escaso,
que en viendo a la piedad la cierra el paso;

tan miserable al desfrutar la tierra,
que aun los rayos del sol también encierra.
ZAQUEO.¿Naval se llama? Linda desposada;
¿con batalla Naval estáis casada?
Y si sois liberal, y él avariento,
todo el año andará Naval sangriento:
retiraos, porque el Príncipe ha salido.
ABIGAIL. Pues ya que hemos venido,
veremos a David, pues nuestra suerte
nos trajo tarde, cuando el mundo advierte
públicas alegrías,
que en cuanto dure el sol, formando días,
vivirá su memoria
en los anales de la Sacra Historia.
ZAQUEO. No faltará ocasión.
ABIGAIL. Fuera esperamos.

Vase.

ZAQUEO.¿Y en qué altura quedamos,
Villanica del Monte?

Detiene a CÉFORA.

CÉFORA. Yo en mi altura.
ZAQUEO. Y si fuese tan gruesa mi ventura,
que llegase a tu Monte de esmeraldas,
¿no te podré yo hablar desde las faldas?
CÉFORA. No escucho yo tan lejos.

Vase.

ZAQUEO. Sea por señas,
besando troncos y adorando peñas.

La morenilla es alma de un pimiento,
y puede revocar un testamento
aunque esté el otorgante en aquel punto
dando mil alegrones de difunto.

Sale JONATÁS.

JONATÁS. Llama a David, Zaqueo.
ZAQUEO. Mas presto le traeré que tu deseo.

Vase.

JONATÁS.¡Suerte infeliz la mía!
Eclipsóse la luz, turbóse el día,
cuando la parda nube
sobre los hombros de los vientos sube,
y al sol empaña crespa, y licenciosa,
los rayos puros de su frente hermosa:
no tiene culpa el sol, porque es ajena
la sombra oscura de amenazas llena;
pero que el mismo sol cause desmayos
a la hermosa pureza de sus rayos,
y las nubes engendre helado y frío,
para negarse al monte, al valle, al río:
obstinada invención de otro Faetonte,
pues pierde el valle lo que llora el monte:
el Rey, el sol del mundo. ¿quién creyera
que la tirana envidia eclipse fuera
del luciente esplendor de su albedrío,
dejando oscuro el monte y seco el río?
Salen DAVID y ZAQUEO.
DAVID. ¿Qué me mandas, señor?
JONATÁS. Salte allá fuera.
ZAQUEO. Obedezco en la uña.

Vase.

JONATÁS. (¡Oh, quién pudiera! Aparte.
Con riesgos de su vida...)
DAVID.(Con la color perdida,
y turbada la voz, hablarme intenta.)
Aparte.
Si merezco, señor, que me des cuenta
de la pasión que turba tus sentidos...
JONATÁS. Tienen, David, oídos
el viento y las paredes, y mi aliento
tiembla de las paredes y del viento.
DAVID. Muy bien puedes hablar; que ellas son mudas
y escucharán leales.
JONATÁS. Con más dudas
estoy para temellas,
porque habla el viento lo que escuchan ellas.
DAVID. Pues el Palacio deja.
JONATÁS.¿No adviertes que conmigo ha de ir la queja
para mover los cielos,
y en tan duros desvelos
estará, aunque sin voces la despida,
el eco en asechanzas de homicida?
DAVID.¿De quién sabré tu pena?
JONATÁS. De mi pecho,
con un abrazo estrecho;
llégate a mí, David, porque quisiera,
que el alma de mi pecho se infundiera
en el tuyo, de modo,
que lo que temo lo supieras todo;
y al volverse después que te informara,
de cuanto te dijera se olvidara.
Matarte quiere el Rey.

Abrázanse.

DAVID. ¡Qué escucho, cielos!
JONATÁS. Llegarán a desdichas tus recelos
si en consultas los pones, porque llega
a ver la envidia más, cuanto más ciega.
DAVID.¿Pues yo qué puedo hacer?
JONATÁS. Librarte.
DAVID. ¿A dónde?
JONATÁS. Donde el cielo te guíe.
DAVID. No se esconde
de las iras del Rey átomo breve
del mismo sol, porque en el sol se embebe
huyendo de su furia.
JONATÁS. Al cielo haces injuria
si no guardas la vida.
DAVID. Porque es de tus alientos defendida
la procuro guardar.
JONATÁS. Líbrete el Cielo.
DAVID.¿En qué he ofendido al Rey?
JONATÁS. Ese desvelo
no suspenda tu prisa.
DAVID. En tus voces me avisa
nuestro Dios de Abraham.
JONATÁS. Él te defienda.
DAVID. Y muera yo cuando a mi Rey ofenda.

Sale ABNER por la parte que se quiere ir DAVID.

ABNER. David, en tu busca vengo.
DAVID. Abner, ¿vienes a matarme
por orden del Rey?
JONATAS. No fueras

de la ilustre y noble sangre
del tribu de Benjamín,
si turbaras las piedades
que en defensa de David
conmigo comunicaste.
ABNER. Antes, señor, he venido
a que la piedad, si cabe
en el pecho de David,
quiera mostrarla: tu padre
ha vuelto a sentir ahora
aquella furia indomable
de aquel espíritu fiero
que le atormenta; pues sabes,
gran capitán de Israel,
el remedio saludable
que Dios puso en tu instrumento,
ven ante el Rey a tocarle,
porque sus penas se templen,
porque su dolor se aplaque.
JONATÁS. David, mi padre es el Rey;
ven, por Dios, a remediarle.
DAVID. Si tú me has dicho ¡oh señor!
que determináis guardarme,
¿cómo, cuando os obedezco,
me fatigáis con el lance
más apretado y terrible
que ha visto en nuestras edades
el sol? Si excuso el remedio,
dejo en sus ansias mortales
al Rey mi señor que viva,
al paso que le acompañe
mi lealtad, que será eterna.
Pues si me pongo delante,
corre mi vida los riesgos

que sabéis, y soy culpable
si aguardo: señor, ¿qué haré?
Porque no sé aconsejarme
en dos extremos opuestos
de peligros y piedades.
ABNER.¿Qué te aconsejas, David?
La vida del Rey no aguarde
tan mortales dilaciones;
que si el peligro llegare
de tu ofensa, por los cielos
te juro que no se escape
la vida que me sustenta,
y muera a manos infames
de un cobarde filisteo,
David, si no te guardare.
JONATÁS. Promesas son bien seguras,
y está en ellas de mi parte
mi palabra y mi amistad.
DAVID. Baste ya, Príncipe, baste;
basta ya, Abner, dos empeños
para mi abono tan grandes.
Viva mi Rey en mi riesgo;
en mí su dolor descanse;
porque es de vasallo infiel,
cuando tiene de su parte
remedios que el Rey le pide,
con temores excusarse,
aunque la muerte que teme
en su vista le amenace.

Vanse.
Sale SAÚL.

SAÚL. Dejadme todos, que el fiero

dolor que en mi pecho vive,
ningún consuelo recibe;
que solo la muerte espero.

Siéntase sin reposar, y sale MEROB.

MEROB. Señor, si pena tan grave
es de tu sentido ajena,
parte conmigo tu pena,
si es que en tu pecho no cabe;
será la muerte suave,
aunque yo llegue a morir;
mi alma viene a pedir,
que si la tienes amor,
la pongas junto al dolor,
te lo ayudará a sentir.
Dos almas en compañía
el dolor vendrá a temellas,
y pues no ha de conocellas,
podrá pasarse a la mía;
y si en la mortal porfía
de afligir y de matar,
el dolor llega a dudar
cuál alma le está mejor,
entre tanto tu dolor
te dejará descansar.
SAÚL. ¿No has visto soberbio un río,
que el vecino campo anega,

Levántanse.

y a quien el paso le niega
muestra más furioso el brío?
La presa es un desvarío,

aunque su corriente ignore;
antes, porque sienta y llore
el dueño tan loca empresa,
viene a pagarlo la presa,
sin que el campo se mejore.
No hay alma que no destruya
mi dolor con tal porfía;
que el que revienta en la mía,
pasará a anegar la tuya.
Mejor es que en mí se incluya
dolor que en mí se engendró:
tu amor el discurso erró
en quererle detener,
si la presa ha de romper
quedando anegado yo.
Ya siento otra vez ¡oh cielos!
repetida la inclemencia
del dolor: ya no es capaz
a tan poderosa fuerza
toda un alma, que parece
su hermosura descompuesta,
que lo mortal la apadrina
en caduco polvo envuelta.
MEROB. Señor, advierte...
SAÚL. Si quieres
que yo también te aborrezca,
asiste a las furias mías,
pues yo me aborrezco en ellas.
Déjame, que el ver que todos
sin padecer me consuelan,
dilata más mi dolor,
por ver que no hay quien lo sienta.
MEROB.¡Oh, cuánto tarda David,
pues minutos de su ausencia

en lo sensible señalan
horas al dolor eternas!

Vase.

SAÚL. Si el cuerpo ayuda a sentir
tan inmortales violencias,
niéguese, pues es caduco
a jurisdicción ajena;
ocupe en sensible polvo,
pues se compone de tierra,
y no por pintarse eterno
entre a la parte en las penas;
sino es que piadoso quiere,
como tanto me atormentan,
que las penas se repartan,
aunque él participe de ellas.

Salen JONATÁS, ABNER y DAVID.

ABNER. Señor, aquí está David.
SAÚL.¡Cuanto el nombre me consuela!
Es basilisco su vista,
que sin matar me atormenta.
ABNER. Pues sin verle te dará
el remedio que te niegas.
Ya ves lo que dice el Rey:
esos canceles le prestan
tregua a su enojo: no dudes,
que cuando libre le veas
has de volver a su gracia.
DAVID. Vuelva a su quietud primera,
aunque en su desgracia viva.

Vase.

SAÚL. Tu bárbara inobediencia
ha encendido más mi furia.
JONATÁS. Justo es que yo te obedezca;
pero en matar a David...

Tocan arpa.

SAÚL. Déjame, si no es que intentas
con tu muerte...
JONATÁS. Vive tú,
aunque yo tu reino pierda.

Vase.
Vuelve el REY a alentarse, y tocan dentro el arpa.

SAÚL.¡Que a penas tan inmortales
conceda lo humano treguas
con tan descansado alivio!
¡Que las alternadas cuerdas
de este instrumento suave
arrebaten la violencia
del dolor, y que lo arrojen
donde su memoria pierda!
¿Qué misterio es este, cielos,
si el instrumento que suena
trae la quietud que gozo?
¿Por qué mis rebeldes penas
no se han rendido jamás
a otras voces ni otras cuerdas?
¿Si está el misterio en David,
pues le señala el Profeta
por varón justo? En mis dudas

tan libre el alma sosiega,
que aun para pensar cuál es
de entrambos el que me templa,
le falta discurso al alma,
tan sosegada, suspensa,
que por trabajo despide
el uso de las potencias.

Vuelven a tocar, y sale ZAQUEO.

ZAQUEO.¡Hay sosiego semejante!
¿Si duerme? Mas que se duerma
en las pajas de la arpa,
si son las pajas las cuerdas.
Demonio regocijado
tiene el Rey, no lo creyera
aunque me lo asegurasen
cuantos cursan las tinieblas.
Si ya no es que este demonio,
cuando se perdió en la guerra
que con los ángeles tuvo
(¡qué mal que le fue en la feria!),
era música de arpa,
y como cayó de priesa,
aún le dieron lugar
para traérsela a cuestas.
Dejóse la arpa arriba,
y quiere que le entretenga
David a costa del Rey;
mas por si acaso le deja,
y le ha parecido bien,
¿qué música será buena
que la toquen a un demonio
baladí, que se contenta

con el alma de un bufón,
que entristece cuanto alegra?
Por Dios que es muy buena gaita,
que es música de taberna,
y nos holgaremos ambos
cuando toque y cuando beba.
SAÚL.¿Qué ilusión es esta, cielos,
que estoy viendo?
¿El Rey despierta?
ZAQUEO. Pues a mi gaita me acojo,
que los demonios la templan.

Vase.
Levántase el REY.

SAÚL.¿David es Rey de Israel?
Primero a mis manos muera.

Aparece arriba DAVID con manto y corona, y el arpa a los pies, como le pintan.

SAÚL.¿Si sueña la fantasía?
Su imagen me representan
los ya turbados sentidos:
púrpura y corona muestran
su ambición en mis agravios,
sea soñada quimera
que fabrican mis temores,
o el alma juzgue evidencias:
morirá ahora a mis manos,
pues la obediencia me niegan
Jonatás y Abner: ¡Ah cuantas
veces blandiendo la diestra

Llega al vestuario, y toma una lanza.

esta lanza, me temblaron
las escuadras filisteas!
No es mucho que a mi enemigo
le pase el pecho con ella.

Al levantar la lanza se cubre la apariencia.

Desvanecióse la sombra
que me turba, y que me ciega
¿David? ¿Dónde está David?
Si es que coronarte piensas
con mi muerte, ¿cómo huyes,
y tan cobarde me tiemblas?
El dolor vuelve a afligirme,
si no es que la envidia fiera
que la atizan beneficios,
y lealtades la despiertan.
David, ¿dónde estás?

Sale DAVID.

DAVID. Señor:
¡Válgame el Cielo! ¿Qué intentas,
Rey de Israel? Señor mío.
SAÚL. Estorbar que no lo seas,
pues hoy muriendo a mis manos,
daré templanza a mis penas.
DAVID. El brazo de Dios me ampare.

Vase.
Tira SAÚL la lanza al vestuario.

SAÚL. Desmintió el golpe la diestra,

erré el tiro; pero en vano
a la ejecución te niegas
de mi furia. ¡Ah de mi guarda!
Quien mi descanso desea
mate a David no se escape
aunque el Cielo le defienda.

Vase.
Salen DAVID por una parte, y ABNER por otra.

DAVID.¿Dónde podré estar seguro,
cielos?
ABNER. David, esta puerta
sale al campo; el Cielo guíe
tus pasos; que la obediencia
del Rey no es bien que me obligue
cuando sus furias le ciegan
en lo mismo que él conoce
que es injusticia.
DAVID. Tan cerca
siento, Abner, voces y pasos
de los que matarme intentan,
que es ya librarme imposible.
ABNER. Gana esa puerta, y no temas
pues dices fías en Dios.
DAVID. Dios me ayuda, y tú me alientas.
ABNER. Guarden los Cielos tu vida.
DAVID. Para defender con ella
al Rey de sus enemigos.
ABNER. Esa virtud es la prueba
de varón tan justo.
DAVID. ¡Oh, Saúl!
De ti mismo te defienda
el brazo de Dios.

ABNER. ¿Qué aguardas
donde riesgos se atropellan?
DAVID. Queda en paz, Abner.
ABNER. El Cielo
te guíe.
DAVID. Porque esta deuda
reconozca mientras viva.
ABNER.Con que te libres me premias.

Vanse cada uno por su parte.

Jornada segunda

Salen NAVAL CARMELO y ZAFAIN, vejete rústico, y otro zagal, ABIGAIL y CÉFORA.

ABIGAIL. Tan blanco ha dejado el suelo
el esquilmo del ganado,
que estando sereno el cielo,
parece que ha granizado
en las faldas del Carmelo.
La desperdiciada lana
que suelta, se desencoge,
vuela por el prado ufana,
y el clavel que la recoge
en su regazo de grana,
presume que le castiga;
pues como su roja espiga
la ve argentada, le cela,
que es escarcha que le hiela,
siendo armiño que le abriga.
El vellón que se desata

derramado en los caminos,
cuando el viento le arrebata
con cándidos remolinos,
es polvareda de plata.
Y la tierra, al verdor hecha,
viéndose blanquear, sospecha
que con ser, Naval amigo,
su sementera de trigo,
es de aljófar su cosecha.
NAVAL. ¿Ves lo que al clavel le nieva
y lo que es granizo helado,
porque el monte se lo beba,
lo que argenta el verde prado,
y lo que el viento se lleva?
Pues que me lo usurpen siento,
que aunque no aprovecha, atento
juzgo que es caso cruel
dar yo mi hacienda al clavel,
al monte, al prado y al viento.
ABIGAIL. Hoy un convite has de hacer,
de esquilas tres mil cabezas,
y así es día de placer.
NAVAL. Abigail, tus franquezas
han de hacerme empobrecer;
y ¿a quién ha de ser?
ABIGAIL. Naval,
a todos nuestros zagales.
NAVAL.¿No han ganado su jornal?
ABIGAIL. Esposo, agasajos tales,
son deudas del mayoral.
NAVAL. ¿A cuál de los tres más bien
podré esta llave fiar?

Sácala.

Y con menos desmán, ¿quién
traerá con que os regalar
de mi abundante almacén,
que todo el año tributa
el grano en hilos maduro,
la ceniza al viento enjuta,
miel en barro, en sal buturo,
queso en ollo, en paja fruta?
ZAFAIN. Verás como yo lo taso.
CÉFORA. No daré sin tu consejo
una pasa.
ZAFAIN. Ni yo un paso.
NAVAL. Yo se la entrego al más viejo,
que sabrá ser más escaso,
y a su elección se le fía
que escoja.
CÉFORA. Voy por tu espía.

Vanse los tres.

NAVAL. Abigail, no es exceso
ese para cada día.
ABIGAIL. Por fama, desde Farán,
tu riqueza es conocida,
adonde infante le están
meciendo en plata mullida
sus dos cunas al Jordán.
Y tú, avaro, allá en la cumbre
de tu adorado tesoro,
sin que el dictamen te alumbre,
vas envejeciendo el oro
al paso de la costumbre.

Vuelven a salir con algunas frutas en platos y pan, o lo que pareciere, y, extendiendo los manteles, se sientan.

NAVAL. Las riquezas se conservan
guardando, que es largo el tiempo:
ea, extended los manteles
en este florido suelo.
ABIGAIL. Sentaos, pues, que mi esposo
os convida.
ZAFAIN. Ya lo hacemos.

Salen ABISAÍ y ZAQUEO.

ABISAÍ.El Dios de Jacob os guarde.
ZAQUEO.Sí guardará, pues discretos
nos tienen puesta la mesa
aguardando a que lleguemos.
NAVAL.En mal hora hayáis venido,
pues turbáis nuestro sosiego.
ABISAÍ.Con un ruego a ti, ¡oh Naval!
de parte de David vengo.
ABIGAIL.A escucharle te levanta.
NAVAL.Antes no hacer caso de ellos
es mejor, por no obligarlos
a que mendigos y hambrientos
se nos conviden: comamos,
pues se volverán en viendo
que no los oigo.
ABISAÍ. ¡Que el nombre
de David estás oyendo,
y no hagas caso!
ABIGAIL. Naval,
que estás descortés confieso;
pero yo en esta ocasión

ser más divertida quiero;
que en el que me envía David,
al mismo David contemplo.
NAVAL. Como te llaman prudente,
siempre estás dando consejos:
vos, a lo que habéis venido
referid, y sea presto.
ABISAÍ. Si por su mujer no fuera,
cuya fama reverencio,
yo vengara el desacato.
El que venció al Filisteo
me ha mandado que en su nombre...
te diga.
ZAQUEO. Aguarda; que quiero,
antes que quebrar el hilo,
sentarme a comer, que vengo
por entretenido acerca

Siéntase.

de esta embajada, y son estos
los provechos de mi oficio,
que han de entrarme en mal provecho.
Hablar puedes ya, y vosotros
podréis escucharle atentos;

Come.

que yo comeré por todos.
Naval, no comáis más queso,
que os haréis rudo en dos días,
ni tú, mayoral, de viejo,
cuya barba es más cerrada
que la bolsa de tu dueño.

Levántase NAVAL.

NAVAL.¡Oh! ¿Habéis venido a enojarme,
o a referirme el intento
de David?
ABISAÍ. Ese es el mío.
NAVAL. Pues que le expliquéis espero.
ABISAÍ. Fugitivo de Saúl,
en ese estéril desierto
de Farán, David habita,
siguiéndole cuatrocientos
de la tribu de Judá,
entre aliados y deudos.
Y como no les dispensa
la sequedad del terreno,
fruto que parezca alivio,
ya que no sea alimento;
y en hondas cuevas se esconden,
que son calabozos ciegos
donde están, si no alojados,
de su mismo temor presos,
a ti, ¡oh Naval!, porque sabe
que eres rico y opulento
dueño de cuanto se juzga
verde atalaya el Carmelo,
que le socorras te ruega
con algunos bastimentos:
esto te suplica el hijo
de Isaí.
NAVAL. ¡Encarecimiento
notable! ¿Quién es el hijo
de Isaí? ¿No es un soberbio
capitán de foragidos?

Respondedle que no puedo
socorrer la sed ni el hambre
que padece; pues si tengo
frutos que me da mi hacienda,
para el preciso alimento
de mi mesa y mi familia,
los he menester.
ABISAÍ. ¿Resuelto
a no hacerle el beneficio
estás?
NAVAL. Bien podéis volveros;
que nada he de enviarle.
ZAQUEO. ¿Nada?
Que le envías mucho entiendo,
pues allá irá lo que yo
en el estómago llevo,
si no es que lo deje antes
en el camino.
ABISAÍ. Zaqueo,
volvámonos a Farán.
ZAQUEO. Volvámonos; que aunque tengo
satisfechas ya las ganas,
como a Naval estoy viendo
delante de mí, imitadas
en su miseria contemplo
la mendiguez, la abstinencia,
el ayuno, el cautiverio
de Egipto, el comer por onzas,
la dieta, el mucho concierto,
el mediodía, el pan caro,
y otra vez de hambre muero.
ABISAÍ. Temo que David se irrite
contra ti.
NAVAL. Yo no lo temo:

decid, ¿por qué ha de irritarse,
y más viendo que le niego
lo que es mío?
ABISAÍ. Él no lo pide
con rigor, sino con ruego
y humildad.
NAVAL. Yo no lo doy,
porque me lo ha dado el Cielo
para mí; mas de este modo
acabo de responderos.

Vase.

ABISAÍ.¡Qué necio ha estado Naval!
Yo he de buscar algún medio
para aplacar la venganza
de David, pues ya la temo.
¡Ay de ti, mísero avaro,
si David llega al Carmelo!

Vase.

ZAQUEO.¡Ay de ti, vejete rancio,
si a su lado entonces vengo!

Vanse cada uno por su parte, y sale JONATÁS.

JONATÁS. Ya por cumplir de mi amistad el voto,
piso el desierto de Farán remoto;
sin fuente en que, por más que se congoje,
los alacranes el caballo moje;
sin ramo, donde en métrica armonía
se ponga el ave a requebrar al día;
sin hierba, de la tierra honor primero,

cuyo inculto verdor rumia el cordero;
y por eso jamás aquí es oído,
ni relincho, ni canto, ni balido.
David, que la violencia huir procura
de mi indignado padre, se asegura
en estas cuevas; pero yo, que tengo
su riesgo a cargo, a prevenirle vengo.
¿Si estará en esta, que a la luz se niega?
Para llamarle, a la espelunca ciega
quiero acercarme; con furor me asombra:
encontré con la patria de la sombra.
¡Ah del abismo, donde el sol expira!
Centro es oscuro cuanto allá se mira.
¡Ah. de la cárcel, de peñascos huecos!
Que como es cárcel, prende hasta los ecos.
¡Ah del centro, con quien el día lucha!
Solo el silencio es el que se escucha.
O no me oye, o se engaña mi deseo:
valiente vencedor del Filisteo,
qué, ¿a la voz no respondes de tu fama?
David, señor, amigo.

Sale DAVID.

DAVID. ¿Quién me llama?
JONATÁS. Quien se aventura por venir a verte.
DAVID.¡Ejemplo de amistad, Jonatás fuerte!
Aunque rota de tanta pena dura,
al hondo centro de esta cueva oscura
llegó tu voz; y aunque es su abierta boca
ancha portada que rasgó la roca,
tiene otra quiebra en el peñasco mismo,
que es postigo secreto de este abismo,
por donde salí a ver (quísolo el Cielo)

quién me llamaba; que el mortal recelo
que de tu padre tengo, le ha enseñado
todos estos rodeos al cuidado.
JONATÁS. En mayor daño el tuyo se conmuta.
DAVID. Mayor que el habitar aquesta gruta
adonde por sacar luz que me anime,
el eslabón al pedernal oprime,
que aunque duro, llorando de congoja,
son sus centellas lágrimas que arroja;
y porque salen en ardiente fuga,
lienzo la yesca es, que las enjuga;
que en esa ciega patria del espanto,
da en claridad lo que recoge en llanto,
pues como en ella nunca asoma el día,
solo es luz material la que me guía.
JONATÁS. Más crecido es tu mal (¡suerte penosa!)
DAVID. Más crecido que el hambre que me acosa,
víbora lenta, que aunque es corto el trecho
hasta que llegue a la región del pecho,
voraz por sendas de tristeza llenas,
va apurando la sangre de mis venas.
JONATÁS. Más fuerte el riesgo es, más se acrecienta.
DAVID.¿Más fuerte que la sed que me atormenta?
Pues envidio en tan bárbara inclemencia
del bruto luchador la providencia,
que este alivio a sí mismo se le debe,
pues de sus manos el humor se bebe:
sediento imito en ese centro angosto,
latiendo al can en la estación de Agosto.
JONATÁS. Es más grande.
DAVID. ¿Excederle no procura
la sed, el hambre y la caverna obscura?
JONATÁS. No.
DAVID. Dilo, pues,

que decirlo el labio ordena.
JONATÁS.¿Decirlo el labio ordena?
¡Sabe el Dios de Abraham y con qué pena!
Mas callarte el peligro es agraviarte,
puesto que es más terrible que el faltarte
en cueva, en sed, en infortunio hambriento,
la luz del sol, el agua y el sustento.
Tres mil de los escogidos
de Israel, para prenderte
ha conducido mi padre,
y desde Ramata viene,
adonde es su plaza de armas,
con esta tropa de gente,
para atajarte los pasos:
tú, que en lo incauto pareces
al irracional que habita
bruto montaraz albergue,
que acosado del estruendo
de bocinas y lebreles,
busca donde se asegure;
asegúrate, pues sientes
los pasos del cazador,
antes que en la red tropieces;
no le hagas rostro al peligro.
DAVID. Si es que matarme pretende
Saúl, como a mi noticia
ha llegado, que me ofrece
seguro para que vaya
a repetir, como siempre
se ha hecho, la preeminencia
de que a su mesa me siente,
de las Calendas del día
que en nuestro idioma se entiende
el primero del mes, y hoy,

que ha llegado este solemne
día en el hebreo rito,
me llama, ¿qué enigma es este,
que lisonjea y castiga?
¿O cómo se compadece
prevenirme el agasajo
con desearme la muerte?
JONATÁS. Para interpretar mejor
su intento, ¿qué te parece
que podré hacer yo? Que en todo
que a tu elección me sujete
es justo, como al cincel
el dócil tronco obedece.
DAVID. Pues, Jonatás, quien sospecha
un peligro y no le teme,
desesperado se mata
a sí mismo; y pues comete
en su vida el homicidio
que prohíbe Dios, ya ofende
el Decálogo sagrado,
que con su dedo presente
nuestro gran legislador
grabó en mármoles rebeldes;
y así, el asistir rehúso
en el festivo banquete.
Y si acaso preguntare
por mí, podrás responderle
que me envió a pedir la ilustre
tribu de Judá, que fuese
a hallarme en los sacrificios
que hace Belén al Dios fuerte
de los ejércitos, donde
en la sangre de inocentes
víctimas se explica el celo,

la fe en aromas trasciende.
Y por eso te rogué
que esta disculpa le dieses
de mi parte; y si la admite
afable, es señal que miente
la negra nube, que densa
rayos contra mí promete.
Mas si de oírla se enoja,
es darme a entender que el vientre
del condensado vapor,
para fulminarme, ardientes
abortos encierra, hijos
de congeladas preñeces.
JONATÁS. Pues yo me prefiero a darte
el aviso.
DAVID.¿Y de qué suerte,
si para vernos los dos
hay tantos inconvenientes?
JONATÁS. Pues nos hemos acercado
a aqueste sitio eminente,
donde el pabellón del Rey
se ha de plantar, esconderte
podrás entre aquellas rocas.
Y si desde allí advirtieres,
que yo, como que en el blanco
me ejercito, un arpón leve
pongo en el arco, y le tiro,
volverte a la cueva puedes,
pues te servirá de aviso,
de que hallé indicios crueles
en mi padre; mas si el brazo
sobre la cuerda pusiere
la flecha, y al dispararla
la ejecución se suspende,

asegurado del riesgo,
te podrás llegar alegre
donde yo esté, pues con esto
te daré a entender que quiere
la suerte que tus trabajos
tengan fin.
DAVID. ¡Que resolverte
podrás a tan grande empeño!
Mira bien lo que prometes,
Jonatás.
JONATÁS. En este pacto
que hago con David, ponerte
quiero por testigo a ti,
gran Dios, que contra la plebe
incrédula un tronco basto
hiciste escamada sierpe;
porque permitas si yo,
engañoso no cumpliere
lo que ofrezco, que los mismos
peligros que David teme,
vengan sobre mí; y si acaso
es tu voluntad hacerle
Rey de Judá, en tu sagrada
presencia él también me ofrece
que usarán de piedad todos
sus heroicos descendientes
con los míos, así a ellos,
de tu mano ungido Rey,
para que aquesta amistad
hasta los hijos la hereden.
DAVID. Así lo ofrece David.
JONATÁS. Así Jonatás lo ofrece.
DAVID. Pues ya que el contrato hacemos,
firmarle los brazos pueden,

porque el tiempo no le anule,
ni el olvido le cancele.

Tocan cajas y trompetas.

JONATÁS. Este estruendo nos avisa
que el Rey llega.
DAVID. De su gente
veo ya el tropel, ¿qué haremos?
Pues mientras de afecto ardiente
llevados, nos divertimos,
se han acercado de suerte,
que parece que hacen alto
las escuadras.
JONATÁS. A ponerme
voy entre la armada tropa,
para que mi padre piense
que vine en la retaguardia:
tú, con paso diligente,
al puesto que he señalado
te retira.
DAVID. A lo que hicieres,
desde allí he de estar atento.
JONATÁS. Yo haré que presto interpretes
el aviso de la flecha.

Vase.

DAVID. Tu lealtad el cielo premie:
ya han armado el pabellón
del Rey sobre el campo estéril,
y para la ceremonia
del convite, puesta tienen
la mesa al Rey de Israel,

para que a comer se siente:
los Príncipes de las tribus
acompañándole vienen.
El príncipe Abner también,
que lugar, como yo, tiene
en este público acto,
ya se sienta, a quien sucede
Jonatás, mi firme amigo;
mas junto al Rey, me parece
que un lugar está vacío;
sin duda es el que previenen
para mí; con Jonatás
colérico se enfurece
Saúl, ¿qué será la causa?
Pues a levantarse vuelve
de la silla; todos hacen
lo mismo, el enojo crece,
y derribando la mesa,
fuego por los ojos vierte.

Ruedan desde el vestuario al tablado algunos platos con servilletas.

A esta parte se encamina:
ásperas rocas, valedme.

Éntrase a esconder entre unas peñas que hay en un monte, no parece hasta su tiempo, y sale deteniendo ABNER a SAÚL, y delante, como que huye, JONATÁS.

ABNER. Aplaca el feroz semblante.
JONATÁS. Templa el airado poder.
SAÚL. Castigarle quiero, Abner;
no te me pongas delante.
ABNER. Señor, oye.
MEROB. Padre, espera.

JONATÁS. Porque su error reprendí
se indigna, y porque le di
la excusa de David.
SAÚL. ¡Muera
David! Pero satisfecho
de no encontrarle jamás
estoy, porque Jonatás
le esconde dentro del pecho.
Mas pues castiga igualmente
de nuestra justicia el rito
al que comete el delito
y al que encubre al delincuente,
apartaos, que aunque me arrojo
contra lo que amor discurre,
también Jonatás incurre
en la pena de mi enojo.
MEROB. Guardar a David, entiendo
que ha sido acierto, y no error.
ABNER. En dar a David favor,
más te obligo que te ofendo.
SAÚL. ¡Que a los dos a un tiempo os mueva
tan mal fundada opinión!
MEROB. Esto apoya mi atención.
ABNER. Esto mi discurso aprueba.
MEROB. Afírmelo un argumento.
ABNER. Otro argumento lo diga.
SAÚL. Pues decid, ¿en qué me obliga?
MEROB. Atento escucha.
ABNER. Oye atento.
MEROB. Un despeñado arroyo, que campea
desde el Tabor, en cuya cumbre mana,
lanza de plata es, que corre ufana
a quebrarse en el mar de Galilea.
Mas tuerce el curso en que morir desea,

topando acaso en una roca anciana,
y en vez de hundirse entre la espuma cana,
sierpe argentada por la playa ondea.
Si al risco, que le estorba el parasismo,
grato se muestra hasta un raudal escaso,
tú que te precipitas de ti mismo,
no culpes, cuando corres al fracaso,
que te amenaza el mar de un ciego abismo,
que se te ponga Jonatás al paso.
ABNER. Tiene el Líbano un árbol, planta rica
del saludable fruto trascendiente,
cuya raíz, que en el sitio está pendiente,
echa fuera los lazos que rubrica.
Y una palma, que al fértil hombro aplica,
por no hacer su caída contingente,
le está besando el pie, que amargamente
de aromáticas lágrimas salpica.
Es el resabio en ti de un odio injusto,
la raíz que revienta mal sufrida;
Jonatás palma, si árbol tú, robusto;
pues a un tiempo aplicó con fe advertida
la boca del respeto a tu pie augusto,
pero el hombro del celo a tu caída.
SAÚL. Convencerme es vana empresa
cuando vengarme procuro,
pues teniendo mi seguro,
faltar David de mi mesa
en tal día, que es, confieso,
menosprecio declarado,
y el haberle disculpado
Jonatás, fue loco exceso;
y así, aunque raudal he sido,
que libre empieza a correr,
y árbol que se va a caer,

del terreno desasido;
no he de parar, si el tesón
de mis ondas no desmaya,
hasta entrarme por la playa
del mar de mi indignación.
Arrancaré mis raíces
rodando hasta el verde centro
del valle, que al duro encuentro
verá ajado sus matices.
Podrá ser, si el risco bronco,
o si la palma eminente
hace estorbo a mi corriente,
sirva de arrimo a mi tronco,
cuando despeñado baje,
o cuando arrancado llegue,
que uno su cerviz anegue,
y otro sus ramas desgaje.

Vase.

MEROB. Sigámosle.
ABNER. Gran desvelo.
Me da el ver su rostro airado.
MEROB.¿A mi padre has enojado?

Vanse los dos.

JONATÁS. Hermana, quiérelo el cielo.
Pues para guardar la vida
de David, me hace instrumento;
pero ya avisarle intento,
pues la flecha prevenida
tengo, y el arco, y culpaba
la tardanza a mi cuidado.

Hace que toma de adentro una flecha y arco, y DAVID se ve entre las peñas.

DAVID. Como estoy tan apartado,
no oí lo que el Rey hablaba;
mas ya mi atención acecha
de Jonatás el aviso.
JONATÁS. El disparar es preciso,
pues ya...

Al tirar, sale SAÚL por la misma parte.

SAÚL. ¿Tú con arco y flecha?
JONATÁS. Mi padre ha vuelto, cruel,
Aparte.
(cuando pienso que se aleja.
¿No son armas que maneja
la milicia de Israel?)
DAVID. El Rey volvió.
SAÚL. ¿Y con qué fin
tiras ese arpón veloz?
JONATÁS.Por si entras en la feroz
provincia de Filistín:
matar yo con valentía
mucho bárbaro tropel,
para ejercitarme en él,
blanco de aquel tronco hacía.
SAÚL. Cuando a encontrarte he querido
volver, por darte ocasión
de que me pidas perdón
de tu culpa convencido,
con juvenil ardimiento,
sin darte ningún cuidado
que yo me fuese enojado,

¿flechas disparas al viento?
Deja el tiro, y no presumas
con soberbia imitación,
por parecerte a ese arpón,
vestirte de vanas plumas.
Baja el arco.
JONATÁS. Ya
te obedezco: el riesgo miro,
pues ve que suspendo el tiro
David, y presumirá
que es darle a entender que puede
llegar seguro, aunque está
aquí el Rey.
DAVID. ¿Si llegaré?
Pues asegurarme puede
el ver que no ha disparado
Jonatás.
SAÚL. Más por mí hicieras
si adiestrándote estuvieras,
no contra el robusto airado
filisteo en fiera lid.
DAVID. Yo llego.
JONATÁS. Él viene: ¡hay mayor
mal! Pues ¿contra quién, señor?
SAÚL. Contra el pecho de David.
JONATÁS. Él mismo me ha dado asunto
por donde el remedio espero,
pues por no enojarte quiero,
ahora que al blanco apunto,
adiestrarme desde aquí,
para que no yerre el pecho
de David.
SAÚL. Muy satisfecho
me dejas.

JONATÁS. ¿Disparo?
SAÚL. Sí:
y aunque fingida la acción,
la flecha vaya derecha.
JONATÁS. Pues haz cuenta que esta flecha
le acierta en el corazón.
SAÚL. Eso sí.
DAVID. Lo que me empeña
a llegar, me vuelve atrás:
¿qué haré? Tiró Jonatás;
que huya me dice esta seña.

Dispara hacia dentro.

SAÚL. ¿Acertaste?
JONATÁS. Yo confío
que en David lo mismo haré.

Vase DAVID por donde estaba.

SAÚL. Ahora sí que podré
decir que eres hijo mío:
busquémosle entre los dos;
que uno ha de ser su homicida.

Vase.

JONATÁS. No es posible; que su vida
corre por cuenta de Dios.

Vase.
Salen ABISAÍ, ZAQUEO y soldados.

ABISAÍ. ¿Dónde David estará?

no rehuséis el decillo,
cielos: ¿dónde el gran caudillo
de la tribu de Judá?

Sale DAVID.

DAVID. A hallar abrigo tan cierto,
amigos, viene David.

Dentro ABNER.

ABNER. Esa senda, es muy fragosa.

Dentro SAÚL.

SAÚL.Aunque es áspera, la sigo
por buscar a mi enemigo.
DAVID.Mirad cómo ya me acosa.
SAÚL. Sígueme, Abner.
ABNER. La aspereza
los pasos me va cerrando.
DAVID. Mi riesgo se va acercando;
desta cueva fortaleza
haremos: denos sagrado
en su obscura lobreguez
ahora, pues otra vez
hospedaje nos ha dado.
Ea, todos los demás
entren delante de mí,
porque yo y Abisaí
nos quedaremos atrás.
ABISAÍ. Entra tú.
ZAQUEO. Haga esas pruebas
otro, haga otro la guía;

que yo tengo antipatía
grandísima con las cuevas.
ABISAÍ. Pues yo entraré; que arrogante
llega el Rey en nuestro encuentro.
Ven, David.
DAVID. Ya busco el centro.

Entran en la cueva.

ZAQUEO. Entraré, pues van delante;
ya el encubrirnos os toca,
cueva hermana, en tal aprieto;
mas ¿cómo tendrá secreto
quien jamás cierra la boca?

Sale SAÚL con un capote rojo o manto.

SAÚL. Gente parece que ha entrado
en ese centro escondido;
y aunque Abner se me ha perdido,
y Jonatás ha marchado
por otra parte, rigiendo
otra escuadra de soldados,
por ver mis pasos logrados,
aquí solo entrar pretendo,
por ver si a David yo mesmo
hallo. (¡Qué horrible es y fea
la gruta!) Entraré, aunque sea
un bosquejo del abismo.

Salen DAVID y ABISAÍ por la otra parte.

DAVID. Como tenemos la entrada
de la cueva tan enfrente,

y está oscuro, fácilmente
se ve que por la rasgada
quiebra entró Saúl.
ABISAÍ. Y ve mal,
que sin tino acá ha guiado
los pasos.
DAVID. Ponte a mi lado,
y en el Cielo confiemos.

Sale SAÚL, como que no ve.

SAÚL. Como de la claridad
vengo aquí, donde anochece,
deslumbrado me parece,
que es mayor la oscuridad;
ciego, solo horrores sigo.

Andando.

ABISAÍ. David, ya el día llegó
en que Dios te prometió
entregarte a tu enemigo,
porque a tu elección se entienda
que la venganza ha de ser.
DAVID. No permita su poder,
que yo al Rey ungido ofenda.
Antes tú, en peligro igual,
porque mi lealtad se crea,
tráeme encendida una tea.
ABISAÍ. Voy a herir el pedernal.

Vase.

DAVID. Llegaré, sin ser sentido,

al Rey.
SAÚL. ¡Que ya que desdeña
la vista darme una seña,
no se la deba al oído!
DAVID. Por fundar más lo que tanto
le bastaba a persuadir,
le voy procurando asir
la orla del regio manto,
cortándole parte poca,
aunque al decoro me atreva.
SAÚL.Como he torcido la cueva,
perdí de vista la boca.

Con un cuchillo le corta un pedazo de la capa.

DAVID. Logré mi mucha osadía:
toqué a Saúl: ¡qué conflito!
Ya he cometido el delito:
vendré a pagarle algún día.
SAÚL. Hacia allí una antorcha luce,
norte inquieto, pues al paso
se mueve su ardor escaso
del mismo que le conduce:
¿si en prender este traidor
algún exceso se atreve?
¿Dónde estás, David aleve?

Sale ABISAÍ con la tea encendida, y al volver SAÚL halla a sus pies a DAVID.

DAVID. A tus pies, Rey y señor.
SAÚL. Tú junto a mí: ¿qué disculpa
tendrás, sino que matarme
quieres?
DAVID. Antes de escucharme,

no me adjudiquéis la culpa.

Levántase.

Pero en indecencia toca
que a Saúl, Rey de Israel,
le cubra en vez de dosel
el techo de aquesta roca.

Tómale la tea.

Sal de ese albergue, que en vano
el sol verle procuró;
que para alumbrarte, yo
la luz llevaré en la mano:
sígueme sin ir sujeto
al recelo; que en tal caso,
para asegurarte el paso
va delante tu respeto.

Andan.

SAÚL. Si viene lleno de enojos,
¿cómo mi furor sosiego?
DAVID. Es que entraste al venir ciego,
pero al salir ven tus ojos;
mas ¿no ves la claridad
que otra antorcha te previno,
que hasta oírme aún te imagino
dentro de tu ceguedad?

Entran por donde salieron, y dan vuelta al tablado, saliendo por la boca de la cueva.

SAÚL. Ya veo el zafir azul,

y ya el superior lucero,
y ya tu disculpa espero.
DAVID. Pues oye, invicto Saúl.
Supremo Rey de Israel,
ya que cruel tu castigo
tanto ha que pisa la senda,
nunca hollada del delito,
para obligarte a mis iras,
o darte menos motivos
de que en esta humilde garza,
real neblí, tiñas el pico:
desde el prólogo primero
de mi vida, determino
ir hojeando los sucesos,
por si los borró el olvido
de tu memoria, aunque en ella
era justo, era preciso,
rey y señor, que estuviese
encuadernado este libro.
Cuando de escuadras armadas,
de crespos blancos armiños,
en las floridas campañas
era rústico el caudillo,
siendo bengala el cayado,
y arnés cándido el pellico,
enviaste a Isaí a mi padre
con amorosos indicios,
a rogarle que enviase
a tu corte, y aunque he dicho
que le rogaste, esta vez
término impropio no ha sido;
que entonces fue el ruego en ti
lícito, pues aunque afirmo
que tiene en lo temporal

un rey superior dominio,
son tributos reservados
solo para Dios los hijos.
Mas mi padre a tu presencia
me envió, y los ásperos riscos
que antes pisaba en el monte,
troqué en los jaspes bruñidos
del Palacio, donde hallé
en la púrpura de Tyro
también escondido el áspid,
cuando engañoso y nocivo
presumí que le dejaba
emboscado en los tomillos.
Aquel espíritu impuro,
que en ti empezó, fue ministro
de la justicia de Dios,
por haber dejado vivo
al Rey de Amalech:
metió en tu pecho perfidio
su rabia infernal, haciendo
que airados y enfurecidos
tus ojos, vertiesen fuego,
y no llanto compasivo,
y en tu boca fuesen bascas
los que iban a ser suspiros.
Mas yo, cuando a tan ardiente
pasión estabas rendido,
manejaba el instrumento,
y tu intolerable abismo,
de aquel sonoro beleño
blandamente adormecido
se iba quedando, pues prontos
los dedos ya, y ya remisos,
al rebatir de las cuerdas,

lo que en ellas fue gemido,
sin dilación en tu pecho
se pasaba a ser alivio.
¿Quién creyera que una dulce
cadencia hubiera rendido
de tan pesada cadena
los eslabones prolijos?
¡Inescrutables secretos
de Dios! pues para este auxilio
ordenó su Providencia
que en tanto que a su albedrío
mi ganado hollaba el valle,
yo, entregado al ejercicio
sonoro, estuviera en él
tan diestro, que cuando herido
le sonaba el instrumento
en la quiebra de algún risco,
naturalmente ayudadas
allí de lo insensitivo,
era cada oveja un mármol,
suspensas al dulce hechizo
del arpa; y si alguna dellas
le interrumpía, medido
el acento de su voz,
con el contrapunto mío,
aunque a su madre llamaba
con amoroso cariño,
parecían, siendo quejas,
consonancias los balidos.
De las huestes filisteas
asustado, con las tribus
de Israel fuiste marchando
hacia el valle Terebintho.
Y estando tu campo a vista

del ejército enemigo,
vimos salir de sus reales
un corpulento prodigio
de estatura formidable;
vestía un arnés, que quiso,
por ser dragón de metal,
que la fragua y el martillo
se le grabasen de escamas,
con un escudo de limpio
acero cubierto el pecho,
un corvo alfanje ceñido,
y todo un árbol por lanza,
que sin fatiga o perjuicio
del brazo, de hojas desnudo,
como de estragos vestido,
nacido había en aquel
monte de miembros macizo.
Plantado entre los dos campos,
a singular desafío
llamaba a uno de los nuestros;
pero todos, escondidos
entre el temor y el silencio,
no se hallaban a sí mismos.
Y yo, viendo que un profano
idólatra, incircunciso,
cargado de infame duelo
dejaba el pueblo escogido
de Dios; para el duro encuentro,
licencia, Saúl, te pido;
y aunque dudoso a mi instancia,
me concedes que al peligro
me arroje, y para el combate
mandas que tu yelmo mismo
me pongan: dasme tu espada:

con respeto me la ciño.
Mas para ver si veloz
o torpe el acero esgrimo,
hago la prueba, y el brazo,
no acostumbrado al estilo
de tales armas, se halló
tan extraño en su ejercicio,
que por no ponerlo en duda,
quitándomelas, elijo
cinco piedras de un arroyo,
el cayado al brazo aplico,
la honda rodeo al cuerpo,
y armado del temple fino
de la fe, que es peto fuerte,
hecho a prueba de peligros,
a vista del filisteo
la verde palestra piso.
Despreció me su arrogancia,
pero irritado y movido
de mis razones, dispuso
hacer batalla conmigo.
La honda tomo, y una piedra
tan cierta a su frente envío,
que juzgue que la sirvió
de precepto el estallido;
con que sus vitales basas
quebradas, al suelo vino
aquel de naturaleza
desmesurado edificio.
Y quitándole el alfanje,
la cabeza le divido
de los hombros, que en mi mano
pendió de sus bastos rizos.
Su gente huyó, y en su alcance

tus caballos impelidos
para que se detuviesen
los llamaban a relinchos.
Este fue mi primer triunfo,
este, Saúl, fue el principio
con que aseguré en tu mano
el cetro, sin otras cinco
victorias que en nombre tuyo
mi valor ha conseguido,
para establecerte el reino,
que goces felices siglos.
¿Pues por qué, señor, el odio
tanto ha de poder contigo,
que huyéndole a tu rigor
el rostro airado y esquivo,
me ha de tener siempre el monte
por su huésped foragido?
Cuando de Jerusalén
salí, y llegué peregrino
a Niobe; Ahimelech,
sacerdote, conmovido
de ver mi hambrienta miseria,
me dio los panes acimos,
aunque estaban reservados
para los sacros ministros
del templo, porque en la ley
dispensó allí lo preciso
de la piedad; y tú, airado,
después que te dio el aviso
Doeg Idumeo, que entonces
presente fue al beneficio
mandaste que Ahimelech
fuese pasado a cuchillo
porque alivió mis trabajos,

con otros ochenta y cinco
sacerdotes del Señor.
¿Qué constitución, qué rito
manda que la caridad
sea capaz del castigo?
¿Cuándo la piedad fue rea?
¿Cuándo se vio en el suplicio
el hacer bien? ¿Ni qué imperio,
sino el tuyo, ha establecido
que fuesen las buenas obras
confirmadas por delito?
¿Por qué, señor, me persigues,
cuando en lo leal imito
al can, que pisado acaso
del dueño, aunque sienta esquivo
dolor, mirándole al rostro,
le saluda con cariños,
lamiéndole el pie, que fue
instrumento fortuito
de su daño, en vez de dar,
colérico y vengativo,
al desenojo la presa,
y la querella el ladrido?
¿En qué te ofendí? Si acaso
las finezas, los servicios
son crímenes contra ti,
muchos, Rey, he cometido.
El Señor entre los dos
sea Juez; y si el registro
de mis cargos fuere cierto,
recto pronuncie el castigo.
La muerte te pude dar
en la cueva, y para indicio
desta verdad, reconoce

este trozo dividido
de la orla de tu manto;
que la oscuridad y el sitio
permitió que le cortara,
cuando pudiera atrevido
matarte, y que este sea
el postrero beneficio,

Sale ABNER.

y el mayor; porque revoques,
Señor, el decreto impío
de tu indignación, en tanto
que el aire en su imperio limpio,
la tierra en su vasto seno,
el agua en su centro frío,
el fuego en su esfera ardiente,
son desta verdad testigos;
pues con leal vasallaje
a tus Reales pies me rindo.
SAÚL. Alza, David: (aquí es fuerza Aparte.
torcer el tesón remiso
de mi enojo, y más hallando
tan contingente el peligro,
por verme entre mis contrarios.)
Yo te otorgo cuanto has dicho.
Mas como tal vez el odio
en un pecho envejecido
reverdecer suele, es bien
que te apartes de mí: aplico
al tósigo de mi enojo
el antídoto preciso
de la distancia; David,
vete en paz.

DAVID. Tu gusto sigo.
SAÚL.¡Que a dividir un pedazo
del regio manto que visto,
osara! ¡Ah, Samuel sagrado,
cómo acordarme has querido
de cuando te rasgué el tuyo!
Tristes presagios prolijos
de la división del reino
de Israel todos han sido.
¿No te vas?
DAVID. Ya te obedezco:
los que en la cueva conmigo
entraron, ¿a dónde están?
ABNER. Por la otra quiebra han salido,
que corresponde hacia el llano.
DAVID. Pues ven, que ya que me libro
por ahora de Saúl,
a los contornos floridos
del Carmelo marchar quiero,
a castigar el delito
del necio Naval.
SAÚL. David,
yo deseo ser tu amigo,
pero lejos de ti.
DAVID. Yo,
como a Rey por Dios ungido,
reverenciaré tu nombre
desde el más remoto sitio.
SAÚL.¡Ah, Samuel santo! Tu mano
les deshereda a mis hijos.

Jornada tercera

Sale ABIGAIL por lo alto de un monte con muchos villanos, con cestas de presente; y por lo alto de otro monte DAVID, ABISAÍ y soldados tocando cajas.

ABIGAIL. Aquel es el Hermón, basa del cielo.
DAVID. Aquellas son las cumbres del Carmelo.
ABIGAIL. Pues publicad con rústicas canciones,
que a David le llevamos estos dones.
DAVID. Pues ya que ir contra Naval pretendo,
dígalo a voces el marcial estruendo.
ABIGAIL. Y al dulce son moved el paso ufano.
DAVID. Y al son del parche descended al llano.

Empiezan a bajar, tocando a una parte clarines y cajas, y a otra cantando lo que se sigue, todo a un tiempo.

MÚSICOS. Porque David el fuerte
alegre las reciba,
pobres demostraciones
la Fe las hace ricas.
DAVID. ¿No oís lo dulce de uno y otro acento?
ABIGAIL.¿No escucháis el rumor que asusta el viento?
DAVID.¿No veis rústica tropa que desciende?
ABIGAIL.¿No veis marcial tropel que el monte hiende?
ZAQUEO. Y es gente de Naval, según promete:
sácolo por el rastro del vejete.
ABISAÍ. Y escuadra es de David; ¿no ves con brío,
largo hasta en meter guerra aquel judío?
DAVID. Si me embiste con vanas esperanzas,
muera en nombre del Dios de las venganzas.
ABIGAIL. Si David viene a darnos el castigo,

mi humilde rendimiento va conmigo.
DAVID. Pues volved a tocar, porque marchemos.
ABIGAIL. Pues cantad otra vez, y caminemos.

Tocan, y vuelven a cantar, y bajan al teatro.

ABIGAIL. De rodillas.
Heroico caudillo hebreo,
la que está a tus pies rendida
es Abigail, que humilde
besa la tierra que pisas.
Juzga, que la inobediencia
de mi esposo ha sido mía,
y como culpada en ella,
a mí sola me castiga.
No arruines los contornos
del gran Carmelo, ni tiñas
de nuestra sangre las flores,
con que su falda matiza.
Ya muerto Naval, mi esposo,
a esta acción se determina
esta tu esclava, que ufana
conduce pobre familia,
para traerte, señor,
dones que, aunque no consigan
ser obras de la opulencia,
son del deseo primicias.
DAVID. Abigail la prudente,
¿para qué a mis pies te humillas,
cuando te sube tu nombre
sobre las estrellas mismas?
Bendito el Dios de Israel
sea, que con su divina
mano te trujo a mis ojos;

el lenguaje con que explicas
tu humildad, bendito sea;
pues tú, Abigail, bendita
delante del Señor eres,
como entre todas las hijas
de Sión; que sola tú
pudieras templar las iras
de David, pues tus palabras,
más que tus dones, me obligan.
Recibid agradecidos
esto que Dios nos envía:
Abigail, satisfecha
de tu virtud, la divina
providencia del gran Dios,
que sea tu esposo me avisa.
ABIGAIL. En mi humildad la obediencia,
mis aciertos acredita.
DAVID. Dichoso seré en tus ojos.
ABIGAIL. Contigo aumento mis dichas.
DAVID. Vete en paz; que el horizonte
que viene la noche avisa.
ABIGAIL. El Dios de Jacob te guíe.
ABISAÍ. Discreta y hermosa, admira.
DAVID. Una inclinación honesta
acá en la idea la pinta.
ABIGAIL. Un halagüeño respeto
a que le admire me obliga.
DAVID. A las demás aventaja,
como, de nácar vestida,
vence a las plebeyas flores
la rosa entre las espinas.
ABIGAIL. Bizarro a todos prefiere,
cual suele en selva florida
el árbol que lleva el fruto,

que grana y oro matizan.
DAVID. Cual bello espeso cabrío
del Galad, se precipita
su cabello por los hombros,
se despeña en ondas ricas.
ABIGAIL. En lo atractible, parece
que al fragante cedro imita,
que sobre el Líbano prueba
su incorruptible hidalguía.
DAVID. Toda es perfecta a los ojos.
ABIGAIL. Todo es amable a la vista.
DAVID. Bendígala siempre el Cielo.
ABIGAIL. Siempre el Cielo le bendiga.
DAVID. Hágala el clarín la salva.
ABIGAIL. Y vuestras voces repitan
de David las alabanzas.
DAVID. El sol su belleza envidia.

Tocan cajas y clarines, y éntranse ABIGAIL y sus pastores, cantando a un mismo tiempo, y quédanse DAVID y ABISAÍ.

DAVID. ¿Quién de vosotros se atreve
a bajar a la campaña
conmigo? Porque a esta hazaña
nuestro Dios mis pasos mueve.
El Filisteo cercado
tiene a Saúl, y ha de ver
que no le quiere ofender
quien su vida ha asegurado,
ya viene el silencio mudo
de negras sombras cubierto,
y bajar quiero al desierto,
donde Dios librarme pudo
de los sangrientos rigores

de Saúl.
ABISAÍ. Yo bajaré
contigo, que estimaré
tus peligros por favores.
DAVID. Imitas en el valor
a Joab tu hermano.
ABISAÍ. Intenta,
pues Dios tus pasos alienta,
un hecho heroico, señor.
DAVID. Al campo del Rey iremos.
ABISAÍ. Osaré morir contigo.
DAVID. Que quiero que seas testigo
de mi intento.
ABISAÍ. Pues lleguemos.
DAVID. Es menester una espía
para lograr mi deseo.
ABISAÍ. Soldados tienes, Zaqueo.

Aparécese ZAQUEO en lo alto del monte.

ZAQUEO. Solo a mí me llama el día,
y ha de salir sin nublado.
DAVID. El temor puedes perder.
ZAQUEO. Ya no tengo que temer;
que lo temí adelantado.
DAVID. Ven conmigo.
ZAQUEO. ¡Qué ligero
que lo pronunciáis!
DAVID. En vano
te excusas.
ZAQUEO. Es que en lo llano
me espera el sepulturero.
ABISAÍ. Ea, hemos bajado al llano.
ZAQUEO. No es muy llano el bajar yo.

DAVID. Aunque la noche formó
sombras de silencio vano,
en cuyos negros tapices
nuestro horizonte se encubre,
el pabellón se descubre
del Rey.
ABISAÍ. Pues, señor, ¿qué dices?
DAVID. Que he de entrar en él advierte;
que para este grave empeño
Dios les ha infundido un sueño,
que parece que la muerte
descansa en él tan segura,
que si el sol los alumbrara,
nuestra vista los juzgara
lienzos de vana pintura.
Postrados en tierra están
como flores que se hielan
al cierzo, hasta los que velan.
El campo todos me dan,
por divina permisión:
generoso aliento, llega,
que el sueño y la sombra ciega
dan a mi intento ocasión.
Una antorcha está encendida
en el pabellón Real.
Saúl duerme.
ABISAÍ. Sea fatal
noche de su ingrata vida.
Si es tu enemigo mayor,
que te amenaza y persigue,
tu seguridad te obligue;
dale la muerte, señor.
DAVID. ¿Qué dices?¿Quién te privó
el seso? Es de Dios ungido

el Rey, y tú, inadvertido,
¿quieres que le mate yo?
Si solo porque atrevido
a su ropa osé cortar
la orla, para mostrar
mi inocencia, perseguido
de su tirana violencia,
en la mía no hallaré
abrigo algún tiempo, que
Dios me ha dado esta sentencia:
¡advierte si ahora osara
poner la mano ¡ay de mí!
violenta en el Rey aquí,
el castigo que esperara!
No pondré violenta mano
en el ungido de Dios.
ABISAÍ.¿A qué venimos los dos?
DAVID. No a un hecho tan inhumano;
ya veo a la cabecera
su lanza.
ABISAÍ. Pues si me das
licencia, David, verás...,
DAVID. Si tu labio persevera
en su ofensa, ¡vive el Cielo...
ABISAÍ. Entra, y tu enojo reprime;
(¡que las piedades estime
más que su mismo recelo!) Aparte.
DAVID. Zaqueo se ha de quedar
fuera, por si algunas guardas...
ZAQUEO. Con tu ausencia me acobardas.
ABISAÍ.¿Pues no sabrás avisar
si en el peligro nos ves?
ZAQUEO. Primero, si en él me veo,
he de avisar a Zaqueo,

que ponga en cobro los pies.
ABISAÍ. ¡Que tantas veces te fíes
de Saúl! ¡Qué gran simpleza!
DAVID. Yo he de vencer su dureza
a puras lealtades mías.

Vanse.

ZAQUEO. Pintan al sueño y la muerte
en todo muy parecidos,
pues yo soy de los dormidos
con un gato que despierte.
Cualquier estruendo importuno
me da asombros, me da espantos.
Si todos duermen, de tantos
¿no podrá roncar alguno?
Bien pudiérades, Dios mío,
también hacelles callar;
pero pienso que el roncar
entra en el libre albedrío.
Ningún remedio se aplica,
porque a estas muertes se ignora,
al cocodrilo si llora,
y a la víbora si pica;
el basilisco mirando,
fingiendo la voz la hiena,
engañando la sirena,
y los soldados roncando.
Con la voz terrible y bronca
hablan los que están riñendo;
¿pero que estando durmiendo
quieran echarme una ronca?

Dentro ABISAÍ y DAVID.

ABISAÍ. Déjame, Señor.
DAVID. Detente.
ABISAÍ. Yo excusaré tu peligro.
ZAQUEO. Ea, ya despierta el mundo,
y me han de matar a gritos;
que matar a un hombre a palos,
ni es novedad, ni es capricho.

Sale ABISAÍ con la lanza, y deteniéndole DAVID.

ABISAÍ. Déjame, David, que tome
venganza de tu enemigo;
que con la herida primera,
de mi heroico aliento fío
que se excuse la segunda.
DAVID. Para ser grave delito
basta tu imaginación,
pues te da traidores bríos;
muestra, Abisaí, su lanza;
que esta prueba me permito

Dásela.

para que conozca el mundo,
pues los cielos ya lo han visto,
que perseguido le guardo,
y le perdono ofendido.
Como es tan seco el desierto,
sin fuente, arroyo, ni río,
de otros campos traen el agua
al Rey; que en su tienda vimos
de agua un pequeño barril.
ABISAÍ.¿Pues qué intentas?

DAVID. Determino
que sea la segunda prenda
que me sirva de testigo,
que no le maté pudiendo,
pues le tiene Dios dormido;
entra, Zaqueo, por él.
ZAQUEO. Eso no está muy bien dicho,
ni en su lugar, si los tres
a ser piadosos venimos,
¿cómo envías por el agua
a su mayor enemigo?
Que la hará dos mil afrentas,
permitiendo, vengativo,
que ande mientras viva en cueros,
con los pasos mal medidos.
DAVID. Acaba.
ZAQUEO. Vaya en mi ayuda
el que crió a los judíos.

Vase.

ABISAÍ. Pues, David, si nos volvemos
antes de ser conocidos,
¿cómo sabrán que eres tú
quien pudo en letargo frío
dar la muerte al Rey?
DAVID. Verás,
que me descubro y me libro.

Saca ZAQUEO un barril pequeño.

ZAQUEO. Calla, válate el diablo,
¿quieres que seamos sentidos?
DAVID.¿Por qué no vienes callando?

ZAQUEO. Ese pleito no es conmigo;
viene cantando una rana
en el barril, y el ruido
nos puede echar a perder.
DAVID. Tus miedos te lo habrán dicho:
porque aunque en él estuviera,
es tan breve y corto el sitio,
que por ser tan poca el agua,
no cantará.
ZAQUEO. Pues yo he visto
no a una rana, sino a muchas,
cantar en medio cuartillo.
DAVID. Subamos al monte ahora.
ZAQUEO. Por ser tan breve el camino,
iré, si me das licencia,
al Carmelo.
DAVID. Este servicio
te premiará tu cuidado.
Di a Abigail que a los limpios
albores del sol iré
(pues son decretos divinos)
a ser dichoso en sus ojos.
ZAQUEO. La moza lo ha merecido
porque cuando no tuviera
más dulce y sabroso hechizo,
que ser liberal, bastaba
para casarla conmigo.

Vase.
Suben al monte DAVID y ABISAÍ.

DAVID.¡Ah, soldados! los que al Rey
guardáis, ¿cómo en el peligro
dais al descuido el valor,

sabiendo que hay enemigos?

Sale ABNER.

ABNER.¿Quién da voces en el monte?
DAVID. Si eres de los que han tenido
cuidado de la persona
del Rey, en verdad te digo
que mereces graves penas.

Sale SAÚL.

SAÚL.¿Quién turba el silencio frío
con vanos acentos, cuando
descansa el Rey?
DAVID. El mismo
que pudo matarle dentro
de su tienda.
SAÚL. ¡O es el oído
quien se engaña ¡cielos! o esta
es voz de David! Amigo,
que me avisas tan piadoso,
¿eres David?
DAVID. Siervo indigno
soy tuyo: yo soy David,
invicto Rey, y te aviso,
del peligro en que has estado,
como fuera tu enemigo
quien te halló durmiendo y solo;
y serán fieles testigos
tu lanza y barril del agua,
que por fe de tu peligro
tomé de tu misma tienda.
SAÚL.¡En qué entrañas han cabido

tantas piedades!, David,
ya te doy nombre de hijo,
pues me aguardas, cuando yo
tan severo te persigo:
baja a mis brazos.
DAVID. Los cielos,
en quien mis defensas libro,
no quieren que yo me fíe
de tu voz, cuando ya he visto
experiencias de tu enojo.
SAÚL. Con lealtades me has vencido;
baja, David.
DAVID. Mis temores
lo estorban.
SAÚL. Yo soy tu amigo.
DAVID. Tu corazón y tu voz
son contrapuestos distintos.
SAÚL.¿No soy tu Rey?
DAVID. Sí, señor.
SAÚL. Pues obedece.
DAVID. ¿Es delito
la obediencia, cuando el Cielo
me enseña en ella el peligro?
SAÚL.¿Pues qué intentas?
DAVID. Huir la muerte,
desterrado y peregrino.
SAÚL.¿No es mejor que yo te ampare?
DAVID. Mi guarda a los montes fío.
SAÚL.¿Por qué?
DAVID. Porque son más firmes.
SAÚL. Solo tu bien solicito.
DAVID. Queda en paz, señor.
SAÚL. Espera.
DAVID. Valedme, peñascos fríos:

¡ah, Saúl, guárdete el Cielo
de tus fieros enemigos!
SAÚL.¡Ah, David! Tú reinarás;
que así el Profeta lo dijo.

Vanse.
Salen el VEJETE y ZAQUEO, cada uno por su parte.

ZAQUEO. Esté en buen hora el Vejete.
VEJETE. Y vos vengáis en mal hora.
ZAQUEO. Esa es intención traidora,
que está llamando un cachete;
mas por no desbaratar
esa estatua hecha de olvidos,
de los años carcomidos,
que en ti han venido a parar,
lo dejaré.
VEJETE. Quien me ultraja
con voz de tan viejo, miente.
ZAQUEO. Como conserva la gente
los nísperos entre paja,
así, por tener seguros
los siglos pasados, vi
que los guarda el tiempo en ti,
donde los tiene maduros.
Tu señora ya estará,
de lo serrano olvidada,
con galas de desposada.
VEJETE.¡Y que el sol la envidiará!,
que su hermosura le ciega.
Siendo de David mujer:
galas de corte han de ser.
ZAQUEO. Mas ya sale y David llega.

Sale DAVID por una parte y ABIGAIL por otra.

DAVID. Quiere el gran Dios de Israel
que te elija por esposa,
y yo esta unión venturosa
hoy la debo a ti y a él.
Y haciendo con pecho fiel
una cuerda distinción,
acudo en esta ocasión,
entre amor y reverencia,
al Cielo con la obediencia,
y a ti con la estimación.
Viviendo, mísero y necio,
Naval no me socorrió,
y muriendo, en ti me dio
la prenda de mayor precio.
Trocó en favor el desprecio,
porque ocasionó en Naval
la muerte mudanza igual
que su avaro proceder;
solo dejando de ser,
pudiera ser liberal;
mas ya que a esa dicha llego,
darme tu mano es razón.
ABIGAIL. Con ella la posesión
del albedrío te entrego.

Tocan un clarín y caja.

DAVID. Turbó un clarín mi sosiego.
ABIGAIL. Si Saúl te sigue airado...
DAVID. Jonatás de este cuidado
nos sacará, pues ligero,
como ve que ya le espero,

en un caballo ha llegado.

Tocan, y sale JONATÁS a caballo.

JONATÁS. Si con fe de tantos días,
tu amor, David, merecí,
suspende ahora por mí
las festivas alegrías.
mi padre y yo... ¡ay penas mías!
DAVID.¿Volvéis a matarme?
JONATÁS. No,
que mi pesar no llegó
a ser de tanto desvelo;
defienda tu vida el Cielo,
y muera mil veces yo.
Ocupan los filisteos
los montes de Gelboé,
y Saúl, que siempre fue
ambicioso de trofeos,
marcha con pocos hebreos
en su busca, y su osadía
le sigue, que es deuda mía,
cuando una trágica muerte
a él y a mí nos advierte
de Samuel la profecía.
Yo, viendo breves los plazos,
antes que con noble fe
la vida al peligro dé,
vengo a darme a ti los brazos
y si quedo hecho pedazos
entre el polvo y el tropel,
como soy tu amigo fiel,
al sacarme el corazón
huirá el bárbaro escuadrón,

porque tú estarás en él.
DAVID. Pues con oírte me aliento
a seguirte: esto ha de ser.
ABIGAIL. Pues mi amor ¿no ha de poder
vencerte?
JONATÁS. Muda de intento.
ABIGAIL. Tu ausencia temo.
JONATÁS. Y yo siento
tu riesgo.
DAVID. ¡Ah, si mi atención
pudiera en esta ocasión
en los dos con fiel empleo,
ya que divide el deseo,
partir la demostración!
JONATÁS. Dios, que a los demás te excede,
que no te arriesgues querrá.
DAVID. Pues solo me detendrá
pensar que mi intento puede
ofender a Dios; mas quede
a solas con él mi fe
por si alcanzo que me dé
algún aviso.
JONATÁS. Tu celo
te obligue.
ABIGAIL. Propicio el Cielo
a tus aciertos esté.
JONATÁS. Y porque a mi padre sigo,
amigo, adiós, que ya espero
que este lance sea el postrero.
DAVID. Iré yo a morir contigo,
si el Cielo lo quiere, amigo.

Cajas.

JONATÁS. Ya marchan.
DAVID. ¡Alma, llorad!
JONATÁS. Adiós.
DAVID. De tu verde edad
se duela.
JONATÁS.¡Aquí es el valor!
DAVID.¡Qué tristeza!
JONATÁS. ¡Qué dolor!
ABIGAIL.¡Y qué ejemplo de amistad!

Vanse, y queda DAVID solo de rodillas.

DAVID. Señor, de la indignación
de Saúl no me aseguro;
que no hay buril contra el duro
bronce de su obstinación.
Y entre los daños impíos
que temo, me aflige más
el riesgo de Jonatás,
que no los trabajos míos.
Guiadme porque le defienda,
si conviene, en trance igual,
y esa antorcha celestial
salga a enseñarme la senda.
Aunque es humilde y pequeño
mi ruego, habrále escuchado
el Cielo, pues ha tomado
ya por intérprete el sueño.

Recuéstase a dormir, y aparecen dos ángeles en lo alto, que van bajando, cantando estas coplas, hasta abajo, donde está un altar que, cubierto con una nube, tiene una imagen de Nuestra Señora y del Niño Jesús debajo de ella, y en llegando al altar sube todo arriba, quedando DAVID por tronco del árbol, de donde van subiendo los ángeles y el altar hasta lo alto.

ÁNGEL 1.ºDavid, prevénte a las dichas,
pues con repetidas glorias,
forma de felicidades
desde hoy tus trabajos toman.
ÁNGEL 2.ºQue te reserves del riesgo
quiere Dios, ya que te nombra
por basa fundamental
de fábricas misteriosas.
ÁNGEL 1.ºSerás el fértil terreno
que brote en distinta copia
flores bellas, con que el cielo
un ramillete componga.
ÁNGEL 2.ºMaría, pura azucena,
abrirá cándidas hojas;
y Jesús, clavel divino,
teñido en su sangre propia.
LOS DOS. Y la tierra, con voz de aplauso heroica,
y el cielo a un mismo tiempo
con música sonora,
den el cetro a David. y a Dios la gloria.

Cúbrese con música y levántese DAVID.

DAVID. Lo que a mis padres Jacob
y Abraham, con prodigiosas
señales distes a entender,
segunda vez me lo informas:
señor, tu grandeza alabo;

Cajas.

pero ya las cajas roncas,
aunque lejos, dan aviso,
de que se embisten las tropas.

Dios manda que no me arriesgue,
y así es fuerza que no rompa
sus preceptos, aunque veo
que esta obediencia es costosa,
pues no ayudo a Jonatás.
Pero mucho más me importa
guardar el orden del Cielo:
voy a juntar, aunque es poca,
mi gente, y ya que no puedo
ir a entrar en la remota
batalla, estaré a la mira,
por si la ley rigurosa
que contra Israel pronuncia,
piadoso Dios la deroga.

Arma.
Vase, y vuelven a tocar, y sale ABNER con la espada desnuda.

ABNER. Ya los filisteos vencen,
y con miserable rota
el pueblo de Dios padece
crueldades que el rigor forma.
Cayó el Rey del carro, y como
sangriento espín de copiosas
flechas cubierto, sañudo
se revuelve entre las tropas.
Subiré a la cumbre, adonde
él y Jonatás ahora
llegan; que el morir con ellos
en mí es deuda, y no lisonja.

Éntrase ABNER, y tocan, y bajan despeñándose hasta el tablado SAÚL y JONATÁS, con flechas en las rodelas sangrientas.

SAÚL. Filisteos, ya os vengasteis
de Saúl.
JONATÁS.¡Qué bien se logran,
Samuel santo, tus avisos!
SAÚL.¡Ah, David, veráste ahora
seguro de tu peligro!
¡Que sus piedades esconda
Dios para el Rey de Israel!
¿Dónde sus misericordias
están? Mas pues me las niega,
con voces que el aire rompan,
quiero quejarme del Cielo.
JONATÁS.¿Quién es el que al Cielo enoja?
SAÚL.¡Hijo!
JONATÁS. Señor.
SAÚL. ¡Otra pena!
¡El divino brazo toma
también en ti la venganza!
Si el delito no te toca,
¿cómo te ha comprendido
a ti la ley rigorosa?
JONATÁS. Justo es el Juez, y será
culparle imprudencia loca.
SAÚL. Porque en las últimas ansias,
que por puntos nos congojan,
los dos acabemos juntos,
aunque mortales lo estorban
las heridas, uno a otro
nos acerquemos.
JONATÁS. Ahora
llegaré arrastrando a darte
los brazos.
SAÚL. Los míos toma;
aunque es el dolor de verte

la flecha más venenosa,
que ha llegado a concluir
lo que empezaron las otras:
Jonatás, yo muero.
JONATÁS. Y yo
entre mortales congojas
de ti me aparto.

Vase cayendo.

SAÚL. Detén
sentencia tan rigorosa,
muerte, pues poco te cuesta,
dilata mi vida un hora,
hasta que mate a David.
No le permitas la gloria
de que viva, pues yo muero;
¿no quieres? Pues poco importa;
que en sabiendo que yo he muerto,
le ha de matar mi memoria.

Dentro soldados.

SOLDADO 1.º¡Ea, soldados, huyamos
todos al Cedrón!
SOLDADO 2.º ¡Victoria!

Entra cayendo SAÚL, y salen todos.

DAVID. A ese que me trae alegre
el aviso de que rotas
las escuadras de Israel
quedaban, y la persona
de Saúl luchando ya

con la muerte y la congoja,
cuelguen de un tronco.
ZAQUEO. ¿Así premias
el venir con presurosa
diligencia, y darte nuevas,
creyendo hacerte lisonja,
del peligro en que se halla
tu enemigo?
DAVID. Más me enoja
que me sirve: ejecutad
el castigo.
ZAQUEO. Ya le ahorcan:
mensajero sois, amigo,
mas con albricias de soga.
DAVID. Las desdichas de su Rey
las juzga David por propias.

Sale ABNER.

ABNER. Librarme ha querido el cielo,
porque puesto a tus heroicas
plantas, del triste suceso
te informe.
DAVID. Ya llega ociosa
tu noticia: ¿murió el Rey?
ABNER.Y con él, en edad corta,
Jonatás, tu grande amigo.
DAVID.Eso entristece mis glorias:
montañas de Gelboé,
que de aquesta lastimosa
tragedia fuisteis teatro,
jamás caiga en vuestras rocas,
m la lluvia de las nubes,
m el rocío de la aurora.

ABNER.Con los despojos huyeron
los filisteos, y todas
las reliquias de las tribus
que quedaron, se conforman
en marchar hacia el Cedrón,
donde con aplauso y pompa
te están, David, aguardando
para darte la corona.
ABISAÍ.Ya que su palabra cumple
Dios, es bien te dispongas
a obedecerle.
DAVID. Marchemos.
al Cedrón.
ABISAÍ. Hoy te coronan
tus méritos.
TODOS. ¡David viva,
Rey de Judá!
DAVID. Y aquí ponga
fin a las persecuciones
de David su heroica historia,
y solicite el perdón
el asunto de sus glorias.